

Irene Zoe Alameda

La pasión de contar historias

Pese al título de su primera novela, *Sueños itinerantes*, Irene Zoe Alameda ha demostrado de sobra tener los pies fijos en el mundo de las letras. Joven y dinámica, se ha hecho hueco con un trabajo de altos vuelos en el que explora la virilidad más actual.

Por Luis Navarro
Fotografía: Ángel Colina

Esta joven madrileña, que recién ha pasado la treintena, se define como contadora de historias y ya tiene en su haber dos muestras de ello en distintas disciplinas artísticas: el cine, con un cortometraje rodado en Nueva York, y la literatura, con su primera novela, titulada *Sueños itinerantes* (Seix Barral, 2004), de la que habla largo y tendido en esta entrevista.

—Resulta realmente complicado para un autor joven, aunque tenga calidad, publicar en España. ¿Cómo fue para usted la venta de su primera novela?

—Yo tuve suerte porque enseguida di con Seix Barral. Terminé la novela, se la di a leer a varias personas para que me dieran su opinión y, sobre todo, a mi director de tesis en Estados Unidos, que era Gonzalo Sobejano. Es un hispanista muy reputado, que ganó el Premio Nacional de Ensayo hace tiempo, y me

sugirió que se la enviase a una serie de autores. Pensé en Juan José Millás y me dijo que se la hiciera llegar. Conseguí hablar con él y aceptó el manuscrito, un poco guiado porque Gonzalo Sobejano me respaldaba de alguna manera y lo cierto es que a los cuatro días de haberle hecho llegar el libro me llamó por teléfono. Estaba de vacaciones, se lo llevó *in extremis* y dijo que le había entusiasmado. Me preguntó cómo esperaba moverlo, le expliqué lo que estaba haciendo, me dijo que estaba muy perdida y me recomendó que lo enviase a las editoriales grandes. Y eso es lo que hice. Esperé un año entero a verla publicada, ya habiendo firmado con Seix Barral. A principios de 2003 la novela estaba acabada, pero tanto Millás como Mercedes Casanovas [su agente] me dijeron que esperase todo lo que fuera necesario, que la novela no era un fungible.

En la intimidad

—Es cierto que la novela no trata ningún tema 'a la moda', pero sí toca algo que casualmente ahora está de plena actualidad: Europa. El protagonista, Teo, trabaja como mecánico de vuelo y esto le permite viajar por todo el continente. ¿Hay alguna idea de Europa detrás de esta historia?

—Ese tipo de elecciones son tan obvias que el autor deja de pensar en ellas. Mi intención no era constituir Europa a través de esta novela. Me sentía cómoda moviendo al personaje por Europa, no llevándolo a Estados Unidos o a Sudamérica; se me iba la novela totalmente de ambiente. Quería crear un espacio domesticable para el personaje y eso se limitaba a Europa. España me parecía un patio cerrado. La primera parte de la novela es bastante claustrofóbica y transcurre en Madrid. La libertad va unida a los recorridos europeos.

—Una peculiaridad que llama la atención de esta novela es la grafía. Utiliza símbolos e incluso fórmulas matemáticas y diferentes tipos de letra. Curiosamente, la reciente Premio Nobel de Literatura, Elfriede Jelinek, comparte esta peculiaridad textual. ¿Qué significado tiene en su novela?

—Esta novela pedía ese tipo de grafía y ante todo quiero decir que eso es para esta novela. Trato de hacer algo absolutamente coherente con el narrador. Esta novela elude el narrador convencional; todo tiene narrador, desde el punto de vista de las teorías lingüísticas más básicas, pero en este caso trato de que el lector se convierta en el narrador, se esté contextualizando, se cuente lo que está pasando y perciba que lo que pasa está dentro de la mente del personaje. A partir de aquí entendemos que la grafía recoge lo que ese personaje está procesando en su cabeza. La novela refleja el referente mental.

—Los novelistas, en sus óperas primas, suelen abusar de lo autobiográfico. Usted, en cambio, ha decidido crear un protagonista masculino. ¿Pretendía distanciarse del peligro del autobiografismo? ¿Por qué un hombre y no una mujer?

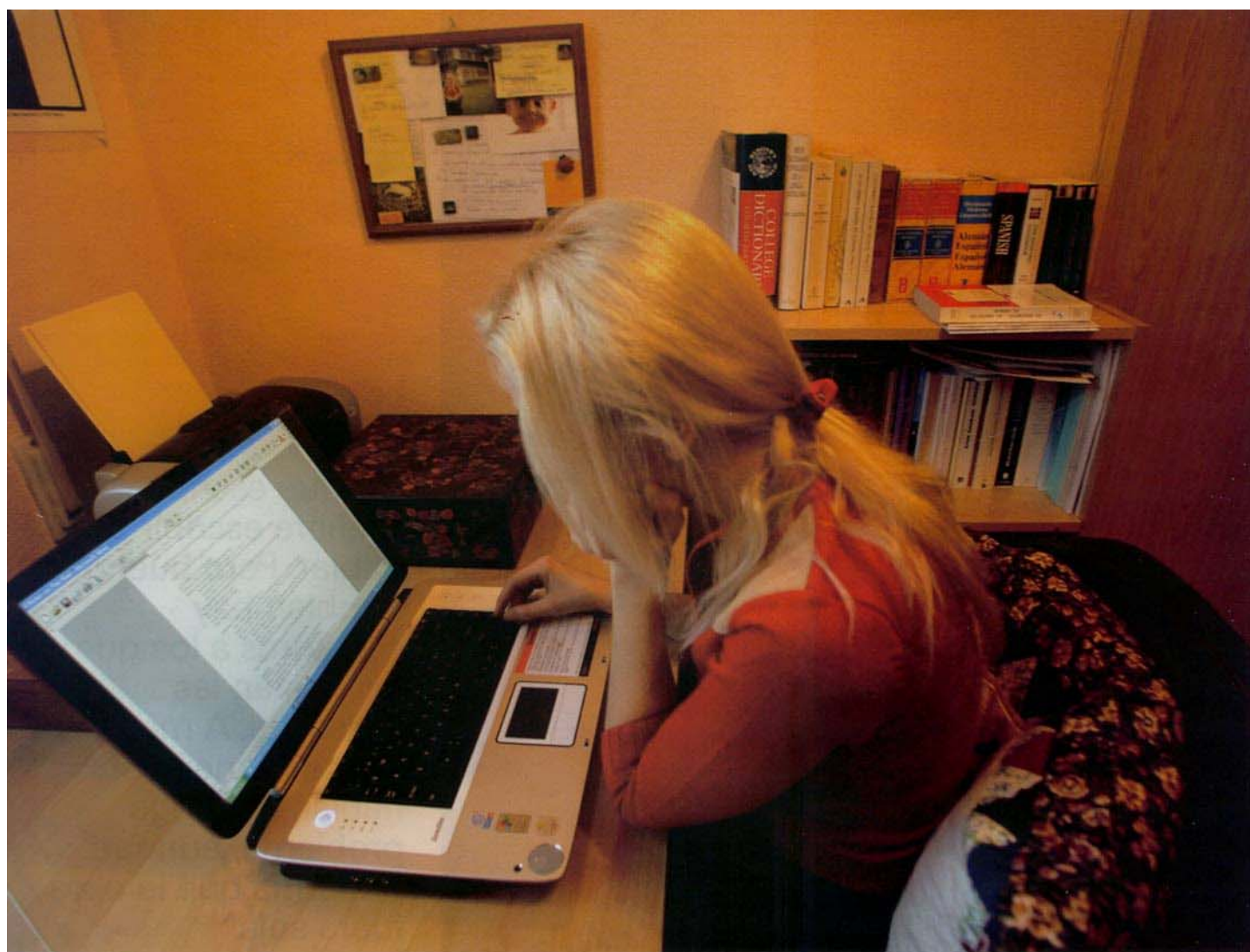
—La primera respuesta es por qué no. Nadie le preguntó a Walt Disney por qué él inventó un ratoncito o un patito si él era una persona. Yo

me veo muy parecida a un hombre y antes de escribir como un marciano o como si fuese Dios y lo supiera todo sobre los demás, como suelen hacer casi todos los autores, prefiero sentirme más parecida a un hombre, creo que es menos pretencioso. Y sólo podía ser un hombre. El nombre de la novela no es casual, Teo evidentemente es 'dios' en griego y yo quería recoger toda esa tradición literario-filosófica que se centraba en personajes divinos, heroicos. Luego la historia de la literatura va centrándose cada vez más en el hombre y yo quise ponerme ya no sólo dentro del ser humano sino dentro de la cabeza del ser humano y su limitación absoluta que es vivir estrictamente el presente, y a través del presente sus recuerdos, su acumulación de presente. Traté de limitarme al máximo y la broma es llamar a esa limitación absoluta dios. En el fondo está recoger esa tradición y no podía elegir un personaje femenino porque, por desgracia, tal y como es nuestra trayectoria cultural, no tenemos personajes femeninos que den esa idea de trascendencia. En la cultura griega estaba la diosa Démeter, pero Démeter para nosotros ya no significa nada. Y la virgen María ha sido reducida a una vasija, la vasija que hace posible que la semilla divina llegue a fecundar.

—No obstante es un poco cruel con las mujeres que salen en el libro.

—Bueno, yo digo que cruel es el narrador, no el autor. Teo tiene ese problema. El discurso feminista está muy presente. El discurso machista también, aunque más bien es la trayectoria cultural que hemos heredado. Es casi un tópico hablar de esto, pero es que es así: nuestra civilización ha heredado un patriarcado, el poder emana de lo masculino. Hoy por hoy ese discurso está siendo cuestionado por la teoría feminista y teorías muy bien sistematizadas que han puesto en cuestión todo eso. No es teórico, es real y lo vemos en la televisión, en los debates en los que salen hombres y mujeres insultándose, en la disgregación familiar... Todo eso hace que el patriarcado sea cuestionado. Teo, en la primera parte de la novela, no sabe quién es. Su identidad viene construida por los ecos que despierta en otras personas y

"Esta novela elude el narrador convencional; todo tiene narrador, desde el punto de vista de las teorías lingüísticas más básicas, pero en este caso trato de que el lector se convierta en el narrador, perciba que lo que pasa está dentro de la mente del personaje"



sobre todo dos madres: su madre y la madre de su hijo. Cuando huye, se libra de esas dos madres y se encuentra con otra mujer distinta, que se llama Noella, no hace falta hablar del nombre. Con Noella se entiende bastante bien, pero es que Noella es la negación de toda esa maternidad. En la novela quería explorar la virilidad en el mundo actual hasta las últimas consecuencias. El personaje tiene esos encontronazos con esas madres porque hacen algo totalmente al margen de él. Él existe por voluntad de una madre y su hijo existe al margen suyo. Teo no siente en qué momento ha habido una continuidad entre un acto y una consecuencia y eso está en la novela. Con Noella se lleva bien porque no tiene esa carga biológica. La producción de Noella no es precisamente biológica; es intelectual, y eso es muy masculino. Todo está visto desde el punto de vista masculino, viene a ser el discurso masculino en esencia. Yo no pienso así.

—No se localizan, y esto es un mérito por su parte, influencias literarias intensas en la lectura de la novela. Sin embargo, habrá tenido usted a algunos autores en mente a la hora de escribirla. ¿Cuáles son?

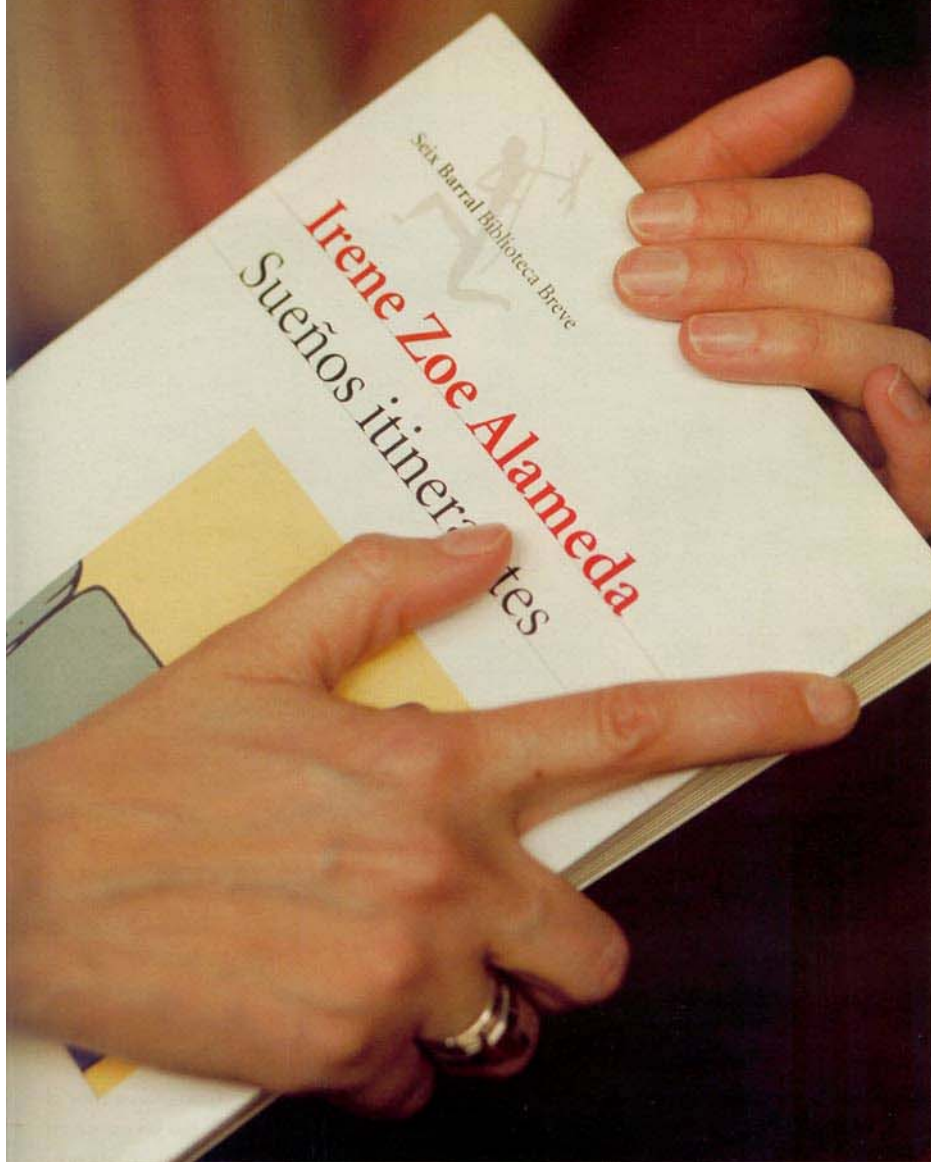
—La verdad es que me es muy difícil responder porque me he dado cuenta de que los autores van variando en función de lo que estoy escribiendo, o que hay autores con los que no contaba y de repente me levanto a medianoche y tengo que ir directamente a por ese libro, sé perfectamente en qué libro está porque es la fuente necesaria para que yo pueda continuar escribiendo.

—Antes decíamos que no era fácil realizar la primera incursión en el ámbito de la literatura. Tampoco lo es en el cine y, sin embargo, usted ya ha dejado testimonio creativo en esa disciplina con un cortometraje...

—Sí, el cine es más complicado todavía porque cuando haces cine necesitas la ayuda de

muchísima gente; incluso limitando a tope el equipo, necesitas dinero. Como yo estuve en la Universidad de Columbia, tuve suerte porque me financiaron el proyecto y también lo hizo el Ministerio de Cultura a través de un programa de intercambio que tiene en Estados Unidos. Conseguí el dinero que necesitaba y, para rodar aquí —ahora voy a hacer otro corto—, necesito una productora. En España es más complicado: en general, desde que piensas en el corto hasta que empiezas a rodar porque tienes dinero pasan un par de años. Allí no tuve problema. El cine, por tanto, es más complicado y es mucho más bonito porque no es un trabajo solamente del guionista o el director sino que dejas fluir la creatividad de mucha gente. Si puedes confiar en los demás, que es algo que no le ocurre a todo el mundo, y confías en la gente apropiada, es maravilloso porque salen tesoros y se dan porque estamos en equipo. Eso no ocurre

En la intimidad



"El que escribe prefiere escribir a hablar. Pero bueno, también hay escritores a los que les gustan las personas. A mí me gustan y me gusta hablar, no tengo problema, aunque preferiría que la obra fuera sola"

en una obra individual como es la literatura, aunque la literatura, gracias al cine, se ha liberado del peso de la narración.

—Usted tiene una página web oficial y se ha prestado desde el principio a promocionar su obra. Se ve que, en el afán de llegar al máximo de público, reconoce la importancia de los medios de comunicación de masas, aspecto del que muchos escritores se apartan, no así cineastas o músicos. ¿En qué situación cree que se encuentra el libro como producto cultural?

—Creo que hay escritores que están más de moda que otros. En general, los escritores no

gozan del favor de la prensa, porque no suele interesar mucho lo que dicen. Lo que dicen está en los libros y hay que emplear unas horas para leerlo. No aportan mucho más cuando hacen una entrevista que lo que está ahí. También cuesta hablar porque, si ya he escrito esto, ¿para qué tengo que seguir hablando de ello? Es un poco incómodo, el que escribe prefiere escribir a hablar. Pero bueno, también hay escritores a los que les gustan las personas. A mí me gustan y me gusta hablar, no tengo problema, aunque preferiría que la obra fuera sola. —Y dado que ha hecho cine y literatura y tiene en mente ya algunos proyectos, ¿por

dónde cree que se encaminará su vena creativa?

—Sobre todo por la literatura. Yo soy escritora, lo que sucede es que he estudiado cine, me gusta el cine, y hay una serie de ideas que quiero contar en cine. Cosas pequeñas que se pueden contar muy bien en el cine y que, si no lo hago yo, no lo va hacer nadie, porque se me han ocurrido a mí y sé muy bien lo que quiero hacer. Rodar me sirve, además, como respiro. He trabajado en proyectos de otros y me sirven para salirme de mí. El problema de la literatura es que te encierras en ella y al final te puede fagocitar. **AdV**